

polvos. Un gato familiar, de piel luciente, vino á frotarse con ella.

—¿Tiene V. noticias?...—preguntó Laura.

La otra tenía cartas fechadas en Madrid, pero tuvo miedo de desagradar á su amiga, sabiendo lo celosa que era, y no contestó á la pregunta.

—¡Pobres jóvenes!—exclamó dando un suspiro, á fin de generalizar el infortunio y darle cierto tinte filosófico. Después á su vez preguntó:

—¿Cómo va María?...—

—¿Mal, muy mal!... Desconocida...—respondió Laura tan bajo, tan confidencialmente, que el gato creyó que se le decía algo á él y empezó á maullar. Después de un silencio abrumador añadió, los labios temblorosos, á fin de hacer durar su placer:

—¡Esto es horrible!... ¡Yo que quería á Juana como á mi propia hija!...

—¡Una locura!...—exclamó Sofía, no sin indulgencia. Estaba acostumbrada á estas cosas. Su marcha en un *yacht* con el duque de Fonteroy, su huída en globo con el viejo Aubryet, estaban aún en todas las memorias. Juzgaba poco novelesco el empleo por los amantes del simple camino de hierro. La juventud, decididamente se hacía prosaica.

—La víspera todavía—empezó Laura con una voz vacilante—yo la había dado un pequeño broche... que procedía de mi madre... Ella me llamaba madrina... y juraba no separarse de mi nunca... ¡Ah Dios mio, Dios mio!...

—¡Tenga V. valor!—interrumpió Sofía con un acento reconfortante de médico—La fatalidad á todo conduce... Ella tiene veinticinco años... él treinta...

Al llegar aquí se detuvo para preguntarse: «¿Cómo pasar de esto á mi pequeña petición?»

La inocente Laura la ofreció la deseada oportunidad repitiendo: «¡Soy demasiado desgraciada!» con tanta insistencia que su amiga se creyó en el caso de objetar:

—¡Oh, V. tiene compensaciones!... Una inmensa fortuna... La satisfacción de poder hacer bien... ¡En tanto que yo!...

Y sus ojos vagaron por el piano, por el mueble noruego, por las tapicerías, expresando la más completa privación.

—¿Y qué es la fortuna?—preguntó *La Intempestiva* con una excitación furiosa. Pero luego se calmó ante esta respuesta solemne:

—Es el derecho de permanecer digna en el dolor... Yo no tengo ya á mi hija... Mi hogar está devastado... No sé si tendré que comer mañana...

—¡Oh, mi pobre amiga!

Laura se levantó, cogió su pequeño saco y registrando en él, halló y puso en la mano, á medias rebelde, de Sofía, su antigua camarada de Colegio, un puñado de piezas de oro mezcladas con algunos billetes azules.

A partir de aquel día las relaciones de las dos viejas amigas fueron una serie de vehemencias, de reconocimientos, de ternuras, de confusiones sin fin. Su pena, su alegría, su hipocresía, mezcladas, formaron una especie de bolita, buena para los juegos del gato, su único testigo.

Una hora después se encontraban, Sofía sentada al piano atacando el preludio de *Tristán é Isolda*; Laura teniendo entre las manos un retrato de Aubryet padre con esta dedicatoria, escrita con letra pseudo-genial: «A la inolvidable».

No sentían ganas de separarse. Se hallaban más unidas que nunca por la complicidad de sus dos

hijos. Laura olvidaba su propia situación, su hija, su rencor, su desesperación. La quedaba una melancolía reblandecida por la lluvia de fuera, las lágrimas íntimas vertidas y un vaso de Málaga que, arrastrando los piés, había llevado la sucia criada. Le era duro marchar, y decía á su amiga:

—Hasta pronto, querida... Si, si, volveré á verte... pero tu no vayas á mi casa, ya comprendes... por María.

—Por de pronto ya hay para el pan—dijo Sofía á su criada, cuando Laura hubo marchado como empujada por la evocación de la juventud y del matrimonio de ambas. Y la sirvienta muy sensata añadió:

—Este es el momento de pagar al carnicero.

En tanto, la otra, Laura, satisfecha, dichosa del éxito de su visita, daba á su cochero la dirección de Estanislao Verneuil, calle de los Sauces, 17—¿Por qué no hacerse consolar por el padre, después de haber tenido por doscientos cincuenta francos la compasión emocionada de la madre? Arrellanada en su coche, que salpicaba á los transeúntes, se repetía: «Somos dos víctimas»..., y esta frase producía en su boca, amargada por las lágrimas, el efecto de un sabroso fruto.

La calle de los Sauces es una de las más pintorescas del viejo Montmartre. Orillada de grandes jardines abandonados y de bodegones oscuros, es como un sendero en forma de rampa. Por las noches, rufianas y prostitutas arreglan allí sus difíciles cuentas. Durante el día un enjambre de chiquillos se solaza en aquel sitio, sin miedo á los coches que pasan. El pequeño pabellón de Verneuil, el olleró, pegado á sus hornos, estaba cercado por una simple valla de madera. Laura dejando su co-

che en lo alto de la calle, hizo en ésta una entrada trágica y magestuosa, que impresionó á los pilluelos.

Sentada delante de un esmalte frío que adornaba con arabescos al pincel, una jóven rubia y desmedrada, cubierta de complicadas joyas, miró á la dama rica con desconfianza, dentro ya del taller del maestro. Pero pronto anunció la aproximación de éste una tos asmática y un ruido de zapatos viejos arrastrados por el suelo.

Estanislao Verneuil pertenecía á una generación de artistas algo pasados de moda. Llevaba un viejo chaquetón de pelús de tal modo cubierto de manchas diversas, que casi se había vuelto suntuoso, y fumaba en una gran pipa de brezo. Su pantalón sin tirantes se tenía por la sola anchura de las caderas. El ollerero era pequeño y tenía una cabeza enorme, una cabeza leonina, pelada á rape, sobre la cual volvían á aparecer abundantes cabellos blancos. Sus ojos azules, su nariz rara, su boca maliciosa y su tez roja formaban una máscara de obrero genial.

La marcha de su hija Juana, á quien veía muy de tarde en tarde, no había sido para él más que un ligero episodio. Tanto que lo que menos pensó fué que la visita de Laura reconociera por causa aquella marcha, y desde luego creyó que iría á hacerle alguna compra. Sabía que era rica y generosa. Esto le alegró, y avanzó hacia «La Intempestiva» tendiéndola sus manos temblorosas y cubiertas de pecas de viejo.

—¡Cuanta amabilidad, venir á sorprender así á este ermitaño!...

Verneuil había sido antaño camarada de Mont-

mellán, á quien tenía por un imbécil y un utopista, y esta antigua amistad le hacía más apreciable á los ojos de Laura, que mostraba un culto excesivo al difunto, después de haberle hecho la vida insostenible.

—Tengo que hablar á V. de un asunto particular—suspiró ella cerrando los ojos.

Sin comprender las razones de aquella turbación que advertía en Laura, Verneuil mandó retirarse á la joven que trabajaba allí, de la cual dijo cuando ella hubo salido:

—Es una noruega que tiene afición á este arte... Tiene en que entretenerse aquí... Mis discípulos no sienten frío en los riñones...

Después se rió fuertemente, mostrando sus dientes cuadrados, amarillos y descarnados, pero un acceso de tos le interrumpió.

—¡Válgame Dios!—exclamó—¡Cuidado que soy bestia!... Tengo que fumar tabaco anti-asmático, sí, y lo mismo en la pipa, porque éste me dá hipo y me hace escupir mucho... Dispéñeme V...

Laura indicó por medio de un movimiento de espaldas que eso no tenía importancia entre artistas. Después dijo, cerrando otra vez los ojos, de pié y doblándose, pues no había en que sentarse más que la silla llena de emplastos de la discípula noruega:

—Y bien, ¿sabe V. alguna cosa?... ¿Le han escrito á V.?

—¿Quiénes?—preguntó Verneuil con estupor sincero.

—¡Pues Juana y Francisco!...

El viejo retiró su pipa del ángulo jugoso de su boca, y con una especie de admiración jovial dijo simplemente estas palabras:

—¡Ah, los tunantes!... No, os lo aseguro... ¿Pero para qué me habían de escribir? Ya saben que no tengo dinero...

—Estoy desesperada...—añadió Laura, á quien la posición vertical forzada quitaba sus mejores medios de acción.

—¡Bah! Ellos volverán; ya conoce V. á Juana. La bestia de su madre también se iba y volvía... Vamos. no nos dejemos dominar por la desolación—prosiguió el viejo, que tenía horror á las escenas dramáticas.—Todo se arregla siempre, al fin...

—¡Pero mi pobre María!—Y la doliente madre apretaba ya entre sus manos un amenazador pañuelo.

—Siéntese V.—indicó Verneuil contrariado—Verá V. mi última obra; esto la distraerá...

El contenido de su pipa se había acabado, y posó aquella con un gesto todavía vivo sobre el reborde de la ventana, corriendo después á buscar una silla á otro departamento. Cuando volvió con ella obligó á la visitante á sentarse, á quitarse los guantes, á palpar y á admirar el objeto que acababa de fabricar, una de las piezas que mejor le habían salido.

—No tengo gusto para nada—dijo ella, deseando renovar una conversación para la cual no se sentía propicio Verneuil.

—¡Ah, la sinvergüenza!—murmuró él, sin que se supiera si hablaba de su muger, de su hija ó de su obra. Luego, sin soltar ésta, hizo el elogio de Ignació Salientés, su vecino, un buen hombre, que tenía talento...

—Y un corazón admirable—declaró Laura, quién en realidad no quería al español.

—¡Y uhas manos!... ¡Ah, que manos!... ¡Y cómo siente su país; es increíble! Sus cuadros me so-
liviantan, me recuerdan mi juventud, un viaje por
España...

—¿Dónde *ellos* están?—preguntó Laura con voz
sombria.

—¡Ah, y bien, tienen sentido, los muy cochinos!
Mi hija es menos bestia de lo que yo creía. En España,
en verano, querida amiga, hace tanto calor como en un
horno, pero aquello es hermoso... Yo no sé como el buen
Dios dá á las piedras ciertos tonos. Yo estallaré sin
obtenerlos.

Y se refa sin ruido, como un indio, y frotaba su
obra en las mangas de su chaqueta para sacarla
brillo. Laura comprendía vagamente su desentono
ante aquel hombre, pero se vengaba de este escep-
ticismo paternal retirando la vista del objeto que
Verneuil quería hacerla ver.

Al fin el viejo se impacientó.

—Pido á V. perdón—la dijo —pero tengo em-
pezado un trabajo, un encargo urgente... ¿Puedo
servir á V. en alguna cosa?

Pronunció estas últimas palabras con un acento
que usaba mucho cuando se aburría, un acento
de paleta.

—¡Si V. escribiera á su hija representándola la
indignidad de su conducta después de lo que yo he
hecho por ella... acaso se consiguiera!...

La figura de Verneuil se transformó.

—Si yo escribiera á Juana ella me creería loco.
Ni leería mi carta. ¡Mi pobre amiga, V. no la co-
noce, ni á ella ni á su madre! ¿Con qué anteojo las
mira V.? Aquella zorra de Sofía me engañaba tres
veces cada día con el tapicero, con el tendero y

con el frutero. Hubiera hecho subir á donde ella
hasta al alguacil. Y porque la dejé, yo, un filósofo,
dice que obré violentamente... Pues Juana es So-
fía... Los mismos ojos, la misma nariz, el mismo
aire de falsedad. Cuando venía aquí dos veces por
semana—no sé á que, por que nunca me ha que-
rido—cuando yo veía su cabeza ahí, donde está V.,
sentía ganas de abofetearla; de tal modo me recor-
daba á la otra... ¡Escribir yo á Juana!... ¡Bah, bah,
tanto valdría amonestar al obelisco!...

Laura no era elocuente. Tartamudeó algunas
recriminaciones, algunos apóstrofes contra el des-
tino, y marchó al cabo de cinco minutos, llena de
desprecio hacia aquel viejo que no sabía ni ser
desgraciado.

Como necesitaba una pronta revancha, imagi-
nó al día siguiente que su consuegro Felipe Au-
bryet tendría algo que decirle, y bastante tímida
por naturaleza, suplicó á María que la acompaña-
ra á verle.

—¡Pero mamá, si yo apenas conozco á mi sue-
gro! No le he visto diez veces en mi vida. ¿Qué
pensará de esta visita?...

—Que nosotros tenemos corazón, lo que no tie-
ne su hijo... Yo te lo suplico, hija mía, acaso ten-
ga una noticia importante que comunicarnos.

Por evitar una escena la joven cedió. Hacía ade-
más tres días que no veía á Saverne, y buscaba en
que distraerse.

Felipe Aubryet vivía en Sceaux todo el año.
María y Laura le sorprendieron en su magnífico
jardín disponiéndose á jugar al *croquet* con una
joven debutante, con el pelo en trenza aún, y que
acompañada de su madre había ido á pedir al dra-

maturgo un papel en alguna de sus obras. Estas dos personas, al llegar Laura y María desaparecieron con una discreción afectada.

—¡Bonita niña... y de talento!—dijo Aubryet irguiendo su cabeza ágil, imberbe y regular, de viejo cómico, bajo el gorro de terciopelo azul que no se quitaba jamás. Se escuchaba sus propias conversaciones, este Aubryet; miraba la vida como un teatro, la naturaleza como una decoración, los seres como comparsas, y ordenaba entradas y salidas imaginarias por la parte del patio, por la del jardín, sin que nunca hubiera investigado á una persona, ajeno á esa idea de hacerla dramáticamente utilizable.

Sus artificios y sus frivolidades estaban acentuados en su hijo Francisco, pero, como éste, tenía el viejo también unos ojos grises y mentirosos que esquivaban siempre las miradas de los demás.

Desde que Laura, María y él mismo se instalaron para resguardarse del sol, de aquel sol de Junio excesivamente molesto, en tres confortables tiendecillas de campaña, Aubryet comenzó sus letanías:

—¡Oh, oh!... ¡Mis pobres... que triste, que lastimosa historia!... ¡Ah, si yo tuviera aquí á ese ruín de mi hijo!... ¿Cómo supe yo la cosa? Por una carta, á la que no he dado pocas vueltas á fé mía... hasta tomarla por el lado por que ha de servirme en ocasión oportuna... No se imita nunca el estilo natural... Si él hubiera querido, este Francisco... dotado como él está... pero es un perezoso, con esa flema... ¿Han visto Vdes. á Clotilde?... ¿No?... ¡Oh, han hecho ustedes mal!...

Aunque separado de su muger hacía muchos años y llevando una vida de polichinela, afectaba

por Clotilde un respeto profundo y una gran veneración. No desperdiciaba ocasión de llamarla santa y mártir, y algunas veces llegaba, al pronunciar su nombre, á quitarse el gorro religiosamente.

—¡Oh, si que han hecho ustedes mal!—repitió. —Se me ha hablado de una pequeña riña... ¿pero qué vale esto ante la gravedad de la vida?... Ella sabrá más que yo, seguramente... Ella fué la confidente en algún tiempo, del hombre que lloran ustedes, de mi hijo. Es preciso que vayan á consultar con ella, créanme. Este es el deber, y... acaso la salud...

Dirigía las frases cuando á una, cuando á otra, y Laura aprobaba con movimientos de cabeza, dichosa de ser, al fin, comprendida y de haber encontrado á quien utilizar en las circunstancias trágicas.

—Pero Francisco está muy distanciado de su madre... y yo también...—objetó María con una elocuencia vana y provocativa.

—Eso no tiene ninguna importancia. Todo se borra hoy. El sitio de ustedes es aquel. Si yo temiera ser indiscreto... ¡Debe estar tan desamparada, mi querida Clotilde!... ¡Suerte que tiene una gran alma!

Aubryet calló durante un momento para tomar nuevas fuerzas; después continuó, como si un invisible apuntador hubiera venido en su ayuda:

—Francisco no es malo. Es frágil, como yo, pero yo esperaba que V., hija mía, le diera lo que le falta: la constancia. No ha sido así... Sin embargo, volverá á donde V., María, tengo este presentimiento... Paciencia y confianza...: esta es la divisa de todas las mugeres...

—¡Ah, cierto—suspiró Laura.

Aubryet removió su gorro con satisfacción. Le gustaban los pensamientos optimistas, los jardines en el verano, las flores, el calor del sol, y saboreaba todas estas bellas cosas con delicia.

Laura pareciendo recobrar su valor y evocando sus recuerdos literarios, comenzó una larga relación de los breves años que su hija y su yerno habían vivido juntos. El hombre de teatro meneaba la cabeza, y se hacía una máscara para cada pasaje: tan pronto parecía alegre, como melancólico, enternecido como desengañado. Brevemente participaba de todo. María no sabía donde esconder su tortura y su vergüenza. Se sofocaba en esta atmósfera convencional, entre estos dos seres que la parecían dos fantoches. «La Intempestiva» forjaba aventuras en que ella tenía siempre el más hermoso papel de previsora y de sagáz. Lo exajeraba todo, aparentaba soportar tales sacrificios, mostraba tal abnegación, que Felipe Aubryet estaba asombrado. Cuando Laura acabó su relación, el dramaturgo se pasó una mano por su frente sudorosa y arrugada, y volviéndose hacia María, que se hallaba confusa, dijo:

—Todavía otra vez lo aconsejo, mi querida niña: vayan ustedes á ver á mi Clotilde. Su lucidez, su conocimiento del corazón humano, y del corazón de nuestro hijo en particular, son maravillosos. Yo, desgraciado de mí, no he dado el ejemplo á Francisco, y no tengo acción sobre él. Había de dudar mucho yo para intervenir en un asunto como ese, en que es preciso la mano de una muger, ¡y qué muger!...

Sacó de un bolsillo de su americana una pequeña podadera, se levantó, cortó dos rosas blancas y

las ofreció galantemente á su consuegra y á su nuera. Ya pensaba que éstas estaban allí desde hacía veinte minutos, y le parecía que la escena se iba haciendo un poco pesada, que el efecto empezaba á decaer. Este hombre frívolo temía ya que la jóven debutante con quien le habían hallado, hubiera marchado enojada y que la partida de *croquet* quedara indefinidamente interrumpida.

—¡Vamos, mamá, vamos!—decía María en voz baja, conociendo la ineficacia de su ruego.

Pero Laura se había «lanzado» otra vez. Ahora se acusaba de no haber venido antes á pedir ayuda y protección al dramaturgo. Los que manejan las almas ficticias, ¿no son los más aptos para modelar y dirigir las almas reales?

—No, yo no, yo no... Clotilde—repitió Aubryet, acentuando aquel nombre como cuando elegía un actor para determinado papel.

El dramaturgo conocía facilmente por los gestos de Laura, el deseo de ésta de prolongar la sesión, de hacer ostentación de su pena, de aumentar el texto de sus cuitas, y por terquedad ya, insistió con María:

—Vaya V. á verla, *V. sola*, hija mía, que ella no le guarda ningún rencor, que escucha complacida estas voces prudentes que llegan á ella... ¡Es una maga... tiene unas miradas!...

Laura sufría con la idea de ser excluida de esta última visita, pero no osó insinuar sus deseos. Ceremonioso, con su gorro en la mano, no obstante el calor que hacía, Aubryet, galante, las acompañó hasta la reja de su finca, que se llamaba «La Sonrisa».

María se decidió á seguir el consejo de su suegro con tanto mayor motivo, cuanto que notaba cada

día un mayor enfriamiento en su amante, y era preciso buscar compensación. Saverne no la escribía yá pequeñas cartitas cotidianas fijando una hora para verse. Dos veces seguidas había ordenado que su criado le respondiera que no estaba él en casa, cuando manifiestamente se hallaba en ella. María pensaba, no sin verosimilitud, que Mariana Froncín advertida, luchaba contra ella con ventaja, y esto la llevaba á acordarse más de Francisco, la impulsaba hacia la felicidad conyugal.

Estaba en las mejores disposiciones morales cuando sola, libre de las trabas y de las comedias maternas, entró en el domicilio amueblado estilo Imperio, de Clotilde Aubryet, un tercer piso de la calle de Saint-Honoré. Suegra y nuera no se habían visto hacía un año. Pero no por eso se abrazaron con menos efusión, pues la madre de Francisco, apasionada por su hijo, confiaba en la vuelta de este marido pródigo y arrepentido, y por si esto ocurría deseaba tener propicia á su nuera. Aunque ya había pasado de los cincuenta años, parecía todavía joven, de cara dulce, de talle grueso, de movimientos graciosos. Tenía la boca delgada y áspera, un poco saliente á causa de su mala dentadura, los ojos sutiles y claros, la nariz bonita, las manos pequeñas y regordetas, los pies, que ella procuraba mostrar, diminutos. Su voz era un poco velada. Su risa, sus cóleras, su prodigalidad, sus artificios, su ligereza, eran como de una niña, y los combinaba sabiamente en el momento mismo en que parecía más distraída ó más conmovida. Huérfana cuando era niña, casada con Aubryet, después separada de él, había aprendido á sus propias expensas, bajo los más duros maestros, la mentira, la perfidia y la importancia extrema del dinero, y despo-

jaba de lo que poseía á su hermana mayor, Enriqueta, espíritu débil, á quien tenía bajo su dominación desde la infancia.

Esta trapacera y su hija política se sentaron frente á frente en dos butacas. María no podía luchar con aquella, cuya táctica era infinitamente superior. Clotilde adivinó desde las primeras palabras de la joven, que trás la pena de esta había algo más, que su inocencia no era la inocencia absoluta que Laura la atribuía cuando hablaba de ella; para no creerla algo culpable, prestábase María demasiado facilmente igual á la compasión que á las alusiones y que á los reproches indirectos.

—Usted ha hecho una locura, querida niña, en alejar á Francisco de mí... Está prevenido contra su madre, y esto ha sido obra de V. Ni me ha escrito siquiera.

Mentía la vieja, pues había recibido desde la marcha de su hijo tres cartas de éste y otras tres de Juana. Pero no quería mostrarlas, y además le parecía más hábil dejar á su nuera en la indecisión.

—Laura tampoco se ha conducido bien conmigo ¡una amiga de treinta años! En fin... no es hora de recriminar. Es preciso reparar el mal lo antes posible. ¿Usted le ama todavía?

Si—respondió María resueltamente. Su tono y su acento denunciaban que no hacía mucho tiempo que había adquirido esta seguridad. No se engañaba con su gran experiencia Clotilde, á cuya memoria acudieron algunos recuerdos relacionados con Saverne.

—¿No tiene V. nada que reprocharse, María, por su parte?... No nos queda más que un medio

de conseguir algo: que V. se confíe enteramente á mí.

La arrepentida joven estuvo á punto de confesarlo todo. Afortunadamente para ella, una mirada viva por demás y maliciosa de su interlocutora la hizo desconfiar lo bastante para contenerse y responder luego evasivamente.

En tanto que hacía consideraciones sobre el tema de las recíprocas culpas, Clotilde pesaba una vez más las ventajas y los inconvenientes de inclinarse á un partido ó á otro.

—Laura—se decía—está rica, y María lo estará, en tanto que Sofía y Juana no tienen fortuna. Pero las cartas de Francisco le muestran tan apartado de su muger y tan poseído por su querida, que me expongo á perder el hijo entrando en lucha con la victoriosa. Ganemos tiempo.

Prometió hacer lo que fuera posible, á distancia, en un caso como aquel poco menos que desesperado. María podía contar con su apoyo. Si tenía noticias se las comunicaría.

Estas manifestaciones vagas é hipócritas acabaron de advertir á la joven, que respondió:

—Es que si veo que todo ha concluído, en un plazo de tres meses, pediré el divorcio... Esta situación ambigua no puede durar. Me haría perder la salud y la razón...

—Y te casarás con *el otro*—pensó Clotilde, que en voz alta dijo:—Querida, yo no tengo ningún consejo que dar á V. sobre eso. Consulte V. á su corazón y á su paciencia.

Así concluyó, con maneras prudentes, acentuando las palabras para mejor hacer sentir sus efectos.

Como María se levantara para marchar, por

demás descontenta de la inútil visita, Clotilde la retuvo diciéndole:

—Es preciso que vea V. á Enriqueta... Si, si, voy á buscarla.

Volvió en seguida con su hermana, una muger larga, flaca, y amarilla, de ojos extraviados, de perfil autoritario y altivo, de cabello gris cubierto por un gorro negro. Parecía una dama de compañía, un poco fúnebra. Todos los sucesos de la vida le eran profundamente indiferentes. No la preocupaba otra cosa que el estirar y arreglar sus cintas y lavarse las manos.

—¿Tú te acuerdas de María, la muger de Francisco?—la preguntó Clotilde con una falsa compasión hacia la joven.

—Si, si, ¡y qué buen semblante tiene!—respondió Enriqueta, tendiéndole una mano seca que acababa de enjugar en la falda.

Clotilde sabiendo que se la acusaba de secuestrar á su hermana, procuraba exhibirla para disipar esas sospechas. Hacía maniobrar á aquel maniquí para mejor registrar sus bolsillos.

María turbada ante este par de tipos, sentía la corrupción de la sociedad que la rodeaba, de que ella formaba parte, en que ella había nacido y se había casado, en que había tenido sus penas y sus alegrías...; notaba algo de malsano, de indefinible, que no lograba traducir en palabras, pero que conocía ser lo que la había arrojado en brazos de Saverne, lo que la humillaba ante aquella loca y ante aquella astuta, lo que amontonaba en torno suyo todas las desdichas.

Esta impresión subsistía aún en los días sucesivos, en que trató de aturdirse, de renovar sus es-

trechas relaciones con los Charamol, relaciones que había abandonado después de su casamiento. Esos antiguos amigos llevaban una existencia alegre, á caballo sobre el lujo y las deudas. Habitaban los dos hermanos y Mina un pequeño hotel de la avenida de Marceau, apenas amueblado, é invitaban á sus fiestas á las personas más raras: Pablo de Fonteroy, fúnebre y rico, ocupado de sus poemas y de los *bibelots* del prójimo, y cuya vecindad aristocrática, así como sus agasajos, lisonjeaban al demócrata Gustavo Charamol; Mariana Froncín y su marido; varios financieros averiados; corresponsales de periódicos extranjeros; oficiales belgas, alemanes, austriacos...

Algunas veces había música. Una artista vienesa, vestida de rosa y blanco, parecida á un angelote engertado en una gigante, maullaba «La muerte de Isolda», ó hacía carantoñas con una obra de Schumann. Roberto Charamol, piafando como un gendarme, ponderaba la potente voz de la dama y el arte alemán, prediciendo el advenimiento del socialismo y del germanismo mezclados. Su hermano Gustavo, más esperto y más fino, le observaba de lejos con una despreciativa sonrisa. El era para todo el mundo el grande hombre, el filósofo, y, á pesar de chabacanas aventuras, la esperanza radical de mañana.

—¿Y la mamá?—preguntó á María con su brusca cordialidad. Luego añadió.—¡Ah, yo la quiero mucho, usted sabe!... Proteje á los pequeños, verdaderamente, y la bondad hoy no corre por las calles.

Laura Montmelian le era muy apreciable, sobre todo, por que no le negaba nunca los doscientos luses del camarada, del empleo de los cuales

no volvía á hablarla jamás, pero que impedían una desgracia.

Circulaban malos rumores acerca de este Charamol. Se decía que estaba pagado por varias naciones. Jamás la prueba pública se había hecho, pero, sin embargo, María encontraba en aquel medio un olor vago á traición, que se acentuaba cuando el odioso Mürmelthier, honraba á su yerno con su visita. Este judío llevaba á flor de piel toda la ignominia de su raza. Afectaba un tono autoritario que afirmaba los servicios prestados. Recibía á los invitados, instalaba á las señoras, ofrecía cigarreros y decretaba en su gerga oráculos estéticos y filantrópicos.

Con su aspecto neutro, su cara larga y sonriente, Mariana Froncín era indefinible. Su marido, Pedro Froncín, le había contado su encuentro con María saliendo de casa de Saverne, y ella había corrido á ver á su amante, ante quien había hecho una escena terrible, rompiendo y manchando el retrato de su rival, hasta reconquistar así, por su violencia y su habilidad al pensativo pintor. Pero estas luchas implacables y sordas no traspasaban á su manera de ser para con María—¿No era la madre de ésta, Laura Montmelian, su bienhechora?

Recibía á quien execraba con la misma afabilidad y los mismos cumplimientos que á los demás. Ella y María se tuteaban, lo que aumentaba este drama mudo é ignorado de todos, pues Saverne tuvo en adelante buen cuidado de no asistir á sitios en que pudiera encontrar á los dos. Entraba en sus proyectos el conservar estas dos queridas que se completaban la una á la otra y que equilibraban el desarreglo de él. Tanto le gustaba Mariana, muy

versada en sus hábitos, como María, cuya fiebre se le comunicaba. En fin, su emulación y su rencor las ligaba á él mejor que su amor.

Desde que estas dos mugeres se abordaban, el fantasma de su amante se elevaba entre ellas y las inspiraba una curiosa mezcla de odio y de atracción. Deseaba cada una la muerte de la otra, se espían mutuamente las palabras, los gestos y hasta los silencios por descubrir un vestigio de cita de ayer, de una impaciencia de mañana. Se buscaban ávidamente sobre sus espaldas desnudas, rastros de besos recientes y caros. Querían á toda costa adivinarse.

María tenía más inteligencia, pero Mariana poseía más instinto. Vivían en una atmósfera de pasión y de batalla que elevaba el tono de las conversaciones y favorecía las querellas.

Actualmente María perdía terreno. La otra tomaba un aire de reto y de victoria, cuyo origen no podía desconocerse. Y este nuevo abandono, el segundo en un mes, la parecía intolerable, por lo que resolvió desistir de Saverne y dedicarse á reconquistar á Francisco, ó si no á organizar de otro modo su vida. Sólo Ignacio Salientés podía ayudarla en esta tentativa desesperada.

Le llamó, le pidió como un servicio casi fraternal que marchara en seguida á España, que arriesgara un nuevo esfuerzo, y si este no respondía á sus deseos, que preparara á Francisco para un divorcio sin escándalo. Estuvo elocuente y persuasiva al hacer al pintor español la petición. Él objetó que no había recibido de los fugitivos más que un telegrama, como tal lacónico, de Granada, y no le llamaban ni mucho menos. María quiso ver en este insignificante telegrama una prueba de pe-

sar, de arrepentimiento acaso, el anuncio de una reconciliación.

A Ignacio no le importaba verla ilusionarse; una ocasión inesperada se le ofrecía para reparar la culpable indiferencia de antes, que no cesaba de reprocharse.

Por otra parte Mariana Froncín, con una precisión cruel, le había puesto sobre la pista de Saverne. Le había transmitido las noticias recibidas de su marido, el encuentro de éste con élla, con María, cuando salía de casa de aquél. Esto causó al español una pena tanto más viva y amarga, cuanto que su amiga se negaba siempre á ir á casa de él á pasar algún rato, alegando las conveniencias sociales; no podía creer que su cara María se hubiera entregado á Enrique desesperada é hipócritamente. Necesitaba la confesión de ella misma.

Pero ella no la hizo, temiendo una ruptura que la privaría de su único apoyo verdadero. Le recordaba su promesa, le inquietaba con alusiones, sintiendo con ello al paso alivio, y le inclinaba hacia un estado de espíritu tal, que él prefería ya la marcha momentánea y la ignorancia de todo. Pensaba que llevando á Francisco alejaría á Saverne, ó que preparando el divorcio, libertaría á María, y esta alternativa le exaltaba.

Finalmente, después de un corto debate, vencido por la insistencia y las súplicas de María, Ignacio prometió tomar el sud-exprés de la mañana siguiente para Madrid. Ella se aproximaba poco á poco á él oyéndole precisar su decisión; después brusca y tierna, pero sincera, cubiertos los ojos con las manos, lloró largamente sobre su corazón.

